

PRESENTACION CASA DEL LIBRO DE BILBAO (21/11/03)

Buenas tardes a todas y a todos, y muchas gracias, Julio, por tu presentación.

Presentar hoy aquí este libro me produce una emoción especial. Cuando me puse a pensar en mi intervención en este acto dudé entre improvisar, como me pedía el corazón, o escribirla y leerla, como me proponía la cabeza.

Escapé a la duda diciéndome que si la amistad o la curiosidad traían hasta aquí a alguien ya tarde en la tarde de un viernes de noviembre, desafiando la pereza, el clima impredecible, o las tentaciones del fin de semana, yo debía corresponder escribiendo algo específico para la ocasión. Y me prometí que la primera frase sería para darle – para darles a todas y todos - las gracias por haber venido.

Gracias que hago extensivas a quienes inspiraron, a veces por caminos imprevisibles, muchos de los relatos que componen este libro. Algunos les van dedicados. En unos casos porque me contaron la historia de la que nació el relato. En otros, porque directamente los inspiraron. Me gusta mucho la fórmula de los "cuentos compartidos" que, como digo en la Nota Introductoria, son cuentos escritos a "cuatro manos". No estoy muy seguro de ser su inventor (Por cierto, navegando por internet encontré ayer una página electrónica dedicada precisamente a eso, a facilitar la escritura a varias manos) Pero pienso seguir usándola porque me parece un procedimiento ideal para mantener la amistad en medio del tráfago y la distancia. Y, además, es muy divertida.

Gracias muy especiales se las debo, desde luego, a Julio, que aceptó leer y presentar hoy aquí el primer libro de un autor novato, a quien no conocía, y cuya única credencial en esta villa es el haber adquirido, en virtud de mi relación con Pilar Perez-Fuentes, la muy noble condición de bilbaíno consorte.

Pues fue a ella a quien, en un apartamento a orillas del río Potomac, escuché por vez primera cantar bilbainadas. Entre otras, la que habla del inglés que vino a Bilbao a ver la ría y el mar. Ella y yo nos encontramos nos encontramos hace casi ocho años durante una cena en La Habana y a mí me pasó como al inglés de la canción. Que ya no me he querido marchar. De su lado en primer término. Y, por extensión, de Bilbao.

Y éste es mi primer mensaje de la noche: que tienen ante ustedes una demostración viva de cómo "más vale una bilbainita con su linda carita, con gracia y su sal (bis) / que todas las americanas con su inmenso caudal, con su inmenso caudal (bis)".

Gracias también a los amigos de Ex-Libris, una editorial pequeña pero muy especial. Porque les importan los autores. Y, porque, cosa aún más sorprendente, les interesa el libro como objeto cultural, como vehículo de cultura y de conocimiento. Me consta que elaboran su

producto con el mismo amor artesano con que amasan los mazapanes los pasteleros de la villa. El resultado está a la vista.

También he dicho antes que este libro pudo haberse llamado "Encuentros", o "Cuentos de uno y otro lado", o "Cuentos Compartidos" que son los títulos de las colecciones de relatos que he completado hasta ahora. Pero la madrugada en que terminé de armar la selección que hoy presentamos, una frase con música propia se me coló en la memoria sin pedir permiso, "They say that remember..." ("Dicen que recordar...")

Vagamente lo recordé como el estribillo de una canción famosa durante los años setenta, una de cuyas posteriores estrofas, "It's living again..." ("Es volver a vivir...") le precisaba alcance y sentido. Y ya no pude librarme de ella hasta que a la mañana siguiente me levanté muy temprano para ponerle ese título, primero al libro y, después, al último y más reciente de los cuentos que lo forman.

Todo eso es verdad. Pero no es toda la verdad. Y, probablemente, no es la parte de la verdad que más importa.

Porque tras años de nomadeo por ese "mundo exterior" que, como sentenció *Ciro Alegría*, es ancho y ajeno; y de un nomadeo no menos agitado por el propio "mundo interior" que, como bien sabemos, suele ser escarpado y angosto; tras años de recordar escribiendo y de escribir recordando, aquella madrugada me di cuenta de golpe que recordar o no recordar es la primera y primordial decisión de quien escribe. *Cervantes* lo dejó claro con un arranque canónico: - "En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme".

Recordar o no recordar suele ser una decisión subrepticia, implícita, a menudo camuflada tras de palabras como "inspiración" o "impulso". Pero en absoluto involuntaria. Como, salvo por enfermedad o senilidad, tampoco lo es la decisión de olvidar. *Cernuda* retrató como nadie el territorio donde habita el olvido. Casi todos lo visitamos a diario.

Para darnos un respiro, para descansar, para no sufrir. Porque recordar fatiga. Y, a menudo, duele.

El pasado lunes murió Mohamed Chukri. Analfabeto hasta los 21 años, hoy es el segundo escritor contemporáneo más leído en el mundo árabe tras Naguib Mahfuz. Nació en el seno de una pobrísima familia del Rif en la época colonial y un día su padre, en un arrebatado de cólera, estranguló a su hermano enfermo en su presencia y en la de su madre, y él, aterrado, se escondió para no verlo.

Para Chukri, como para tantos seres humanos reivindicar la memoria, se transformó desde entonces en un acto de autoafirmación, casi de supervivencia. Recordar, aunque duela, puede ser un antídoto frente a la locura, el embrutecimiento o la muerte.

Decir o escribir (o guardarse de decir o de escribir), todo o parte de lo recordado, viene luego. Y en esa encrucijada formada por la voluntad de recordar y la memoria para decir o escribir se encuentran por un

instante - para diferenciarse enseguida y oponerse a veces - la poesía, la literatura y la historia.

Porque la memoria es selectiva y tiene sus trampas. Y, sobre todo, se construye. Mi abuela, que se mantuvo lúcida y con muy buena memoria hasta el final de sus días, me lo explicó siendo niño con una frase preclara: - "Hijo, uno no recuerda lo que quiere sino lo que puede"

Bueno, pues los relatos seleccionados para este libro son parte de la memoria que, a trancas y barrancas, me he ido construyendo durante los últimos diecisiete años.

Borges decía que un escritor no es tanto lo que escribe como lo que lee. Yo diría más bien que es lo que va leyendo mientras vive. Y lo que vive mientras lee. Y en casos como el mío, lo que vive y lee mientras viaja. Porque durante casi dos décadas, el viajar ha sido para mí otra forma de vivir y de leer, solo que de manera itinerante y en voz más alta.

Al igual que durante mi infancia el leer fue una forma imaginaria de vivir y un modo asequible de viajar sin moverme del sitio.

Y este es mi segundo mensaje: a saber que, en mi opinión, éste es, ante todo, un libro de viajes. De viajes interiores y exteriores. Y de las inextricables relaciones que hay entre unos y otros.

De lo tercero que quiero hablarles es de la portada del libro, una foto panorámica de Guanajuato, México, tomada por Pilar desde lo alto del monumento al Pípila que domina la ciudad desde el este.

Al poco de seleccionarla descubrimos que esta foto simboliza más de lo que representa. Pues contemplada a la distancia puede también ser de Bogotá o de El Cairo, de Caracas o de Benarés, de Tánger o de Río. Es decir, de cualquiera de las grandes ciudades de América Latina, de Asia y de Africa donde a comienzos del tercer milenio, se agolpan en condiciones a menudo inhumanas, millones de personas. Cada vez

más, para lo bueno y para lo malo, las megalópolis del subdesarrollo caracterizan el mundo en que vivimos.

Allí nacen, viven, se desesperan, se reproducen, sueñan, se asesinan (o los asesinan), se educan, crean, emigran, progresan (si pueden), envejecen y mueren seres humanos a los que, de tanto verlos como anécdotas en los noticiarios, nos acostumbramos a no mirar. Cuyas tragedias, no por repetidas, tienden a amainar. Y cuya imparable tendencia a buscarse un hueco al sol entre nosotros aún a riesgo de jugarse (y a menudo perder) la vida, nos incomoda. Y nos asusta. ¡Si hasta en la civilizada Suiza un partido de la extrema derecha xenófoba acaba de ganar el mes pasado las elecciones parlamentarias!

Ciudades cargadas de vida, olorosas, espesas, cosidas con costurones gruesos de dolor y de esperanza: el Cairo de Nazhif Maghub; el México de Hector Aguilar Camín, el Bombay de Salman Rushdie, el Tánger o el Orán de Mohamed Chukri, la Buenos Aires, arrabalera y

misteriosa, de tantos y tantos...! Sus tamaños acongojan. Su diversidad asombra. Su ritmo embriaga. Y si no ofusca, estimula.

Al menos, a mí me estimula.

Y en esto consiste mi siguiente reflexión de esta noche: que para mí, no hay literatura sin diversidad. Ni diversidad sin vida. Ni vida sin el Otro y los otros. Y los otros tienen sexo, y género, y color, y religión e idioma. Reconocerlos y aceptarlos tal como son significa, sin duda, un primer y decisivo paso. Darlo nos enriquece por dentro.

Escribir me ha ayudado a eso: a entender que todos somos, a la vez, emigrantes e indígenas de múltiples identidades, de numerosas patrias. Me ha permitido comprender mejor a los otros. Y, de paso, entenderme mejor a mí mismo.

Hace poco, en su discurso de aceptación del Premio de la Paz de los editores y libreros alemanes, Susan Sontag sostuvo que "la literatura

es la historia de la respuesta humana a lo que está vivo o moribundo a medida que las culturas se desarrollan y relacionan unas con otras. Los escritores – prosiguió – algo pueden hacer para combatir esos lugares comunes de nuestra alteridad y nuestra diferencia, pues los escritores son hacedores, no solo transmisores de mitos. La literatura no solo ofrece mitos sino contramitos, al igual que la vida ofrece contraexperiencias: experiencias que confunden lo que creías creer, sentir o pensar”

Ya he dicho varias veces antes que no tengo una idea precisa sobre lo que pueda ser la literatura. Y que dudo que alguien me considere un escritor. Pero intuyo, como la Sontag, que no basta con que el último pregón de los carnavales se haya leído en español, árabe y en chino (Por cierto, ignoro si en Bilbao se leen en otras lenguas, además de en euskera y en castellano, pero he sabido por Julio que en Vizcaya habitan más mil chinos y supongo que el número de magrebíes será aún mayor). O que los niños y niñas de las dieciocho nacionalidades distintas que acuden a algunos colegios públicos de Barcelona o de Madrid pongan en común, una vez al mes, música y ritmos.

Que no basta con aceptar y, a veces, acentuar las diferencias.

De hecho, el multiculturalismo de la mera aceptación, de la tolerancia pasiva, tiene sus límites y sus trampas. Al igual que la afirmación por oposición. Pues oponiéndote, una vez y otra también, te acabas confrontando. Y, de hilo en ovillo, de pensar al Otro como Otro se pasa, con facilidad, a sentirlo y pensarlo como Adversario. Y después como Enemigo. Ninguno estamos a salvo, de una vez y para siempre, de semejante deriva.

Porque al tiempo que se define (y defiende) la propia identidad hay que buscar lo que une, lo que genera proyectos, lo que llena de vida. Cuando frente al racismo brutal y agresivo oigo predicar el multiculturalismo como solución omnipotente recuerdo una cosa que aprendí durante mis años de estancia en los Estados Unidos. Y es que en el fondo de la mayoría de los multiculturalismos al uso subyace una concepción estática, de grandes espacios vacíos donde aún es posible

fantasear con múltiples tribus coexistiendo sin apenas rozarse. Casi sin verse. Una concepción estática, segregadora, inductora de guetos materiales y mentales, moderadora temporal si se quiere. Pero en modo alguno evitadora de nacionalismos reactivos más o menos larvados.

Sin pretenderme especialista en el tema, prefiero el mestizaje integrador, hecho de ese diálogo enriquecedor que pone sobre la mesa, sin concesiones ni falsos paternalismos, el debate acerca de lo positivo y lo negativo de cada cultura en presencia, del peso de sus respectivas aportaciones a la común causa de la libertad y la convivencia entre los seres humanos. Un diálogo crítico y autocrítico, que no elude dificultades y problemas, teñido de universalismo. Tal vez ésta sea, también, una buena manera de reconciliarse con uno mismo.

Pero dejemos la cuestión del mestizaje – que me temo se está poniendo peligrosamente de moda - en manos más doctas que las mías y volvamos a lo que nos convoca.

En su reciente libro de memorias *Vivir para contarla* Gabriel García Márquez confiesa que él nunca lee sus libros después de publicados. La excepción fue *La hojarasca*, la primera de sus novelas que, en edición mutilada, le publicó la editorial Losada, y con la que una buena mañana se topó de improviso en un baratillo callejero. El susto que se llevó al releerla le impulsó a comprar todos los ejemplares que pudo encontrar con el imposible propósito de retirarla del mercado.

De pasada diré que nunca creí que corregir pruebas de imprenta fuera tan duro. He enviado mis correcciones a la editorial en un tiempo record gracias a un método infalible: releerlo todo varias veces de cabo a rabo. Al final no hice demasiados cambios aunque sí los suficientes para quedar exhausto. Y para recomendar que ningún escritor en su sano juicio se ahorre esta dura etapa. Pues no concibo mayor ejercicio de humildad, ni tarea más provechosa para quien escribe, que enfrentarse al propio texto como si fuera de otro.

Pero lo cierto es que, desde entonces, no he vuelto a leerlos. Y no creo que lo haga. Tras la fatiga de corregirlos una vez y otra, supongo que mi subconsciente prefiere darlos irremisiblemente por perdidos. Y que mi yo consciente espera y desea que se los apropien otros. Siempre intuí que, una vez publicada, la obra literaria no es ya más de su autor sino de quienes manifiestan suficiente curiosidad u osadía para adentrarse en sus páginas.

Hace unos días una amiga me preguntó: - "Entiendo que escribas, pero ¿por qué publicas? Salvo que te consideres un fuera de serie – ahí ella jugaba con la ventaja de saber que no es el caso - ¿no hay ya suficientes libros en las librerías? ¿No están saturados los catálogos editoriales de nuevos autores, nuevas colecciones, nuevos títulos, que brotan como setas con las primeras lluvias de otoño? Y en su gran mayoría ¿no resultan irrelevantes o, en el mejor de los casos, perecederos, efímeros?"

No pude responder a su pregunta. La respuesta probablemente tiene mucho que ver con la casualidad y poco con lo racional. Aunque confieso que, tras una catastrófica experiencia como autoeditor de un prescindible librito de poemas juveniles, siempre me he resistido a publicar.

Hace años, en la introducción del *"Pedro Páramo"* para la "Biblioteca personal", Borges observó que "Emily Dickinson creía que publicar no es parte esencial del destino de un escritor". Y, añadía que "Juan Rulfo parece compartir ese parecer". Kafka era de la misma opinión y si no hubiera sido porque Max Brod, su amigo y albacea literario, se negó a seguir sus últimos deseos y a destruir sus manuscritos, habría quedado prácticamente inédito.

Mi amigo Jorge Martínez Reverte objetó el otro día en el Ateneo de Madrid que si Kafka hubiera querido de verdad destruir los manuscritos lo hubiera hecho él mismo. Y que al no hacerlo, le había pasado a Brod la carga de la prueba más el subliminal mensaje de que los publicara. Para

Jorge, el escritor que afirma no querer publicar o es un tímido patológico o es un chulo. En su opinión yo pertenezco al segundo grupo.

Quizá Jorge tiene razón. Pero lo cierto es que a estas alturas sigo sin saber muy bien qué me ha impulsado a publicar este libro.

Puede que se deba a que desde muy joven fui lector y contador familiar de cuentos, y siempre he considerado al relato corto un género mayor, y no menor, de la literatura. Creencia en la que me siento en buena compañía. Horacio Quiroga, por ejemplo, que es autor de algunos de los cuentos más inolvidables que yo haya leído, afirmaba que "un cuento es una novela despurada de ripios". Y Julio Cortázar lo creía "secreto, replegado en sí mismo,... hermano misterioso de la poseía". Muchos de mis grandes escritores preferidos han sido, también, cuentistas excepcionales. Algunos han llegado a afirmar que el cuento es el género literario natural de la humanidad por su fácil y espontánea incorporación a la vida cotidiana. Esa es también mi experiencia.

Pero además del gusto por el misterio implícito y la especial densidad del cuento, o del aprecio personal al tono cosmopolita de los incluidos en este libro, creo que lo que me ha impulsado a publicarlos es la el reflejo, más bien cobarde, de evitar estrenarme con una novela.

Pues estoy convencido de que se puede ser un aceptable escritor de fin de semana si uno escribe, por ejemplo, poemas, artículos cortos, o relatos breves. Pero que escribir novelas requiere mucho más que eso. Los casi dieciseis años que me ha costado escribir la única que he concluido hasta ahora me han persuadido de que se trata de una tarea enorme capaz, si tiene éxito, de generar compromisos aún mayores. Y no me sentía - no me siento – aún seguro de quererla afrontar con todas sus consecuencias.

Volviendo a la pregunta de mi amiga, en mi descargo diré – y éste es mi tercer y último mensaje de la noche - que publicar este libro me ha producido una alegría especial. Un sentimiento que se ve reforzado por el

hecho de estar hoy aquí con ustedes, compartiendo estos momentos y estas reflexiones.

Porque de eso tratan los doce cuentos que forman el libro. De la alegría de estar vivos. Y, también, de sus dolores, paradojas, aciertos y desaciertos, sufrimientos y desengaños.

Y si algo he aprendido a lo largo de treinta y cinco años de escribir para mí mismo es que nada supera a la realidad, salvo la realidad misma. Y, también, que nosotros formamos parte de ella. Pues nuestros sentimientos (esa especial vibración del alma que para Conrad constituía la materia prima de la vida misma) forman parte, a menudo de forma inadvertida, de los sentimientos de otros.

Como lo forman también nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestras ideas y emociones, nuestras pesadillas y nuestros sueños. ¡Qué tarde solemos descubrir - más tarde los hombres

que las mujeres - lo relevantes que, sin saberlo, podemos llegar a ser para otros! ¡Y lo mucho que, a su vez, ellos nos influyen!

Tal vez era eso lo que yo buscaba sin saberlo: la íntima satisfacción de compartir, esa especial sensación de entregar a otros una parte de lo visto, sentido, intuido, imaginado, soñado, atisbado, escuchado o inventado durante años de mirar, pensar y sentir en hoteles, calles, puertos, apartamentos, estaciones de tren y aeropuertos. De entrar y salir de países lejanos y cercanos. De explorar lo cierto y lo verosímil. De indagar entre la vigilia y el sueño, entre lo proyectado y lo sucedido.

Y hacerlo no de cualquier forma sino de aquella que mejor permite la apropiación ajena, esa peculiar sensación de fantasía propia estimulada por la lectura de lo que escriben otros que yo sentí, cuando de niño, leí los primeros tebeos, los primeros cuentos infantiles, los primeros textos escolares de geografía e historia. Y, más que leerlos, los fabulaba.

Luego, me costaba recordar lo leído porque la fábula superpuesta por mi imaginación a la lectura se mostraba más densa, más resistente y "real" que la "realidad" contenida en aquellos textos. Y, con frecuencia, más interesante. Era una sensación curiosa, un desdoblamiento especial y simultáneo, que no ensalzaba un tipo de realidad en detrimento de otra, sino que más bien las mezclaba de un modo tan irresistible como indescifrable.

Todavía la siento. Pues nada me parece más humano (y, en consecuencia, más real) que la fantasía. Solo ella nos ilumina y nos ayuda a seguir viviendo con ánimo explorador; a gozar cada hallazgo como un tesoro; a no cejar. En frase de filósofo célebre: a "buscar como quien espera hallar; y a hallar como quien espera seguir buscando"

Hablando de su infancia invivible, Chukri, cuyas obras han estado prohibidas en Marruecos hasta hace poco por ser demasiado realistas, lo expresó de un modo inapelable: "Si no hubiera sido por la imaginación habría reventado"

Creo que esto es lo que le importa al lector. No, si el autor tardó mucho o poco en escribir; o cómo lo hizo; o si decidió publicar antes o después; o si sus razones fueron ésta o aquellas. El lector seguramente desea que una obra literaria le haga evocar, pensar, sentir, imaginar, llorar, reflexionar, reír, recordar... Que le libre, siquiera en parte y por un rato, de los confines de su propia existencia y le ponga en contacto con personajes distintos a los de su cotidianidad. O que le muestre ésta y a éstos bajo una luz distinta. Salvo casos extremos, no se trata de huir de la realidad sino de ejercer el exclusivo privilegio humano de vivir varias - a veces muchas - vidas en el corto espacio de una sola.

Sospecho que al final del día, antes de irnos a dormir, todos esperamos que llegue alguien y nos cuente algo. Algo que nos estimule la imaginación, nos proponga un sueño para soñar, y nos anime a seguir viviendo. Algo que conjure el riesgo de que, al despertar, el dinosaurio de Monterroso todavía siga ahí.

No estoy seguro que, como pedía Martín Garzo durante el reciente congreso de escritores de Sevilla, la palabra pueda salvar al mundo. Por si acaso, por si puede, y para no ir muy lejos en busca de lo que habría que salvar, aprovecharé esta oportunidad para decir que el ataque de ayer al domicilio de un concejal electo, y teniente de alcalde de Andoain, es una vileza, una más de una larga serie.

Pero si la palabra no puede salvar al mundo, al menos nos puede ayudar a salvarnos a nosotros mismos. En todo caso, mirar y hablar, compartiendo visión y palabra, transforma la alegría en gozo.

¡Imaginación, memoria, palabras...! ¡Qué materia prima tan hermosa!

Hace unos días Antonio Tabucchi le escribió una necrológica a Manuel Vazquez Montalbán donde al final decía que "los escritores tienen una ventaja sobre los presentadores que cada noche hilvanan su cháchara en la televisión. Una vez apagada la pantalla sus palabras

mueren. Los libros en cambio permanecen". Y terminaba afirmando que, después de leerlos, siempre "podemos dejarlos a un lado para releerlos cuando nos parezca"

Ojalá ustedes le otorguen ese premio a éste libro mío. No se me ocurre otro mejor.

Muchas gracias.